

LA VIDA MADRILEÑA A FINALES DEL SIGLO XIX

II LA BUCÓLICA

EN esta segunda crónica de mis recuerdos madrileños de vida estudiantil, creo oportuno hacer una declaración previa en descargo de mi conciencia y para evitar confusiones. Empleo la palabra «bucólica» en la acepción que la da el Diccionario de la Lengua Española, como sinónima de «comida»; locución que empleo por parecerme más adecuada al caso que esta última. Bien entendido que no me refiero a la otra acepción del código oficial del idioma, o sea «composición poética del género bucólico»; que no se refiere a cosa de comer, sino concerniente «a los pastores y a la vida campestre»; de cuyo género poético y de otro alguno me declaro totalmente incompetente.

Dentro de mis aficiones científicas, debería comenzar por la clasificación de la bucólica en tres grupos primordiales de elementos bucólicos: sólidos, líquidos y gaseosos; pero el desarrollo de ello, ocuparía demasiado espacio; y únicamente dejaré sentado que entre lo bucólico gaseoso, incluyo el fumar, y, como primera materia el tabaco.

Expuestos estos antecedentes, comenzaré refiriéndome a establecimientos y centros de bucólica en el Madrid del último decenio del siglo XIX.

En el interior de la urbe tenía fama el restaurante de Lardy, que aún ostenta su escaparate en la Carrera de San Jerónimo; pero en mis tiempos estudiantiles siempre le consideré como fenómeno absurdo e inaccesible que no me interesaba. En la plaza de Herradores, en un edificio que dataría de fines del siglo XVII o de principios del XVIII, estaba la antiquísima casa de Botín, que ha durado hasta los comienzos del segundo cuarto del XX. Su especialidad principal era el cochinillo asado, o peladilla que dicen en Extremadura, los cuales aparecían en el escaparate en ordenada fila, con su respectiva hoja de lechuga en la boca. En alguna solemne ocasión visitamos esta sagrada y venerable mansión con el respeto que se debe a la tradición y con el apetito alerta.

El café, al que acompañaba un botellín de ron (bastante malo), para servirse a discreción y un platillo con exuberancia de terrones de azúcar, costaba dos reales, con propina. Un bistec de un cuarto de kilo, con patatas en abundancia, que en los tiempos en que se escribe estas memorias parece ficción mitológica, costaba en los cafés, cinco reales. Un hospedaje estudiantil de tres pesetas era ya muy aceptable, de cuatro pesetas, cosa seria, y de cinco, casi lujo desmesurado.

El número de tabernas era prodigioso; todas del mismo tipo;



ALBUM EXTREMEÑO: Un aspecto de la Sacristía del Monasterio de Guadalupe

mostrador de zinc con chorro libre de agua de Lozoya y tintineo de vasos; tabernero con mandil y manguitos de tela a rayitas verdes y negras, y chico aturdido y servicial. Ya bien entrado el siglo XX, cuando algunas costumbres yanquis fueron moda en Europa, llegó a Francia el bar, y corriéndose a España, sustituyeron los bares (que en Madrid se llamaron «tupis») a las clásicas tabernas que son ya casi rareza arqueológica.

Los menestrales, solían acudir a los cafés los domingos por la tarde acompañados de la parienta; ella de mantón flamante y él con el traje nuevo y bombín. Los días de entresemana después del trabajo, era costumbre, no general, detenerse un rato en la taberna a tomarse un quince de blanco de Valdepeñas o de tinto de la tierra y comentar los sucesos del día y hablar mal del gobierno.

Típicos del Madrid del último cuarto del siglo XIX, eran los aguaduchos, repartidos por plazuelas, jardines y paseos; en los cuales el viandante callejero encontraba al paso donde descansar un rato y satisfacer su sed con agua fresca acompañada de azucarillos y de una copita de aguardiente; y en tiempo de verano en varios de tan reducidos establecimientos públicos, un vaso de agua de cebada o de horchata de chufas. Todos eran del mismo tipo; consistiendo en una especie de garita de madera, generalmente pintada de verde, a modo de gran armario con anaquelera para las botellas, vasos, copas, etc. Un cierre en compuerta, al abrirse hacia arriba formaba techo y resguardo al mostrador, en donde se colocaban los botijos y el acristalado cajón o vitrina de los azucarillos. En los parajes con amplitud adecuada, pequeños veladores suplementarios, con algunas banquetas o sillas, permitían cómoda espera de amigos y familiares, o a disimuladas citas con amorosas palomas domésticas o torcaces. Tales descansaderos o refrescaderos públicos, han desaparecido totalmente y han sido sustituidos por kioskos, más o menos suntuosos y elegantes, con mayor complicación en los bebestibles que en ellos se expendían a base de refrescos, licores, cerveza, etc.

Los alrededores de la capital estaban llenos de merenderos donde bailaba la gente joven al son de los pianos de manubrio. Había tres núcleos principales: La Bombilla, desde la ermita de San Antonio de la Florida hasta el puente de los Franceses, o sea el del ferrocarril, núcleo que se prolongaba esporádicamente hasta la Puerta de Hierro, en la entrada a la posesión real del Pardo. El segundo núcleo era el de Las Ventas, a uno y otro lado del puente que existía sobre el arroyo Abroñigal, por donde ahora está la cochera del metropolitano y la nueva plaza de toros. El tercer núcleo estaba en los Cuatro Caminos, expansionándose a lo lejos por el acueducto de Amaniel y la Dehesa de la Villa.

La población dominguera de Madrid, era extraordinariamente afecta a pasar el día de fiesta comiendo y bailando o viendo bailar. Entre los bailarines había sus especialistas y virtuosos en el chotis, mazurca, polca, habanera, vals y paso-doble, y hubo un período en que el virtuosismo consistía en bailar la pareja determinadas piezas de las mencionadas, tiesos y hieráticos sin salirse del espacio su-

perficial de un baldosín. Debo manifestar, en descargo de mi conciencia, que fui nada devoto de Terpsicore y mal bailarín.

Muchos de tales merenderos tenían filas de hornillos para guisar las familias o grupos de excursionistas que acudían con sus cestas de víveres y botas bien repletas.

El plato de más prestigio era el cordero asado al horno, acompañado de ensalada de lechuga, del que tenían fama los merenderos de los Cuatro Caminos. Platos típicos eran también las chuletas de ternera o de carnero a la parrilla, el cochinillo asado, los callos con chorizo, los caracoles con salsa picante, y como plato frío para suceder a los de carne, el escabeche de atún o de besugo, con sus adornos de huevos duros, pimientos morrones y aceitunas. De postres clásicos, recuerdo los bartolillos con relleno de crema y los hojaldres con cabello de ángel, que tenían tamaño decoroso, sin necesidad de auxilio de lupa, para percibirlos, como los de ahora; siendo lo usual respecto a frutas; los melones de Villacanejos, la uva albillo, las naranjas valencianas o murcianas, los melocotones de Aragón, los albaricoques toledanos del hueso dulce, según la estación del año. Respecto a vino, el blanco de Valdepeñas y el tinto de la tierra, bien de Métrida o de Arganda.

Lo referido respecto a características gastronómicas de Madrid en aquellos tiempos, cuyo recuerdo se nos aparece en los actuales como acontecimientos legendarios de míticos sucesos, es tanto más sorprendente cuanto que por efecto del conjunto de patrañas históricas respecto a nuestra patria, que se engloban en la denominación genérica de «la leyenda negra», los españoles teníamos entonces fama de hambrientos, y, en el caso mejor, de extremadamente sobrios y austeros.

La cuestión del tabaco era cosa seria y de formalidad. No había llegado la moda que las señoritas fumasen. En Asturias solían fumar algunas campesinas, generalmente mujeres ya entradas en edad, que se las podía ver en el mercado, o junto al hórreo de la aldea, con la colilla pegada al labio; pero las jóvenes, si tenían tal apetencia, la ocultaban; pues no es de suponer que el gusto por el tabaco se produzca en la edad madura, sino que se origina en la niñez, en la que se decide el rumbo respecto a tan discutida afición. No se conocía, por lo menos en España, el llamado tabaco rubio; que viene a ser respecto al tabaco negro, lo que el merengue respecto al jamón. Un cigarro puro de diez céntimos, era algo ya formal; de quince algo exquisito, y un habano de peseta, ambrosía de los dioses olímpicos. Una cajetilla de picadura, de veinte cigarros, que costaba 25 céntimos, inspiraba consideración, y, la oronda, de fondo amarillo, al precio de 35 céntimos, era considerada con respeto.

La Tabacalera atendía a todas las clases sociales; sus acciones subían, y los precios del tabaco también. Había paquetes de diez pitillos, escuálidos de cuerpo, pero fuertes de espíritu, que costaban cinco céntimos y que llamaban «brigadieres», porque los cigarros estaban unidos por una cinta de papel a modo de fajín, a los que llamaban también «mataquintos», sin respeto alguno a la disciplina

y jerarquías militares. Eran muy del uso de los peones de albañil, oficiales de garlopa y remendones de lezna y tirapié. La gente campesina prefería el cigarro o «tagarnina» de a cuarto, o sea de tres céntimos y algún tiempo después cinco. La diferencia de gusto entre urbanos y campesinos era cuestión de rito: El primero procedía con rapidez, mudando el papel del pitillo (que siempre fué infumable) y encendiendo con una cerilla. El segundo empleaba pausada y minuciosa liturgia; sacaba el librito de papel de fumar, suspendiendo entre los labios una hoja por una esquina; con la navaja cortaba pedacitos de la tagarnina que iba acumulando en el hueco de la mano, y guardaba el resto del ciruto; mediante frotación entre las palmas desmenuzaba lo cortado y lo envolvía; sacaba y desdoblaba la bolsita de badana de los «chísques», extraía el pedernal, el eslabón y una pizca de yesca, la que al último golpe se encendía, y con la yesca el cigarro. Una profunda aspiración hacía llegar el humo a los talones, de donde, al cabo de un ratito era devuelto a chorro por boca y narices.

Cuando no se trataba de extralimitaciones manducatorias, las cuales en mi caso no eran de gran frecuencia, por razones que no se le ocultarán al juicio del lector, efectuábamos algunos compañeros expediciones de exploración campestre por la Casa de Campo, la Moncloa y el Pardo, a Vaciamadrid, al cerro de Vallecas o al de los Angeles, o por ferrocarril a Torrelodones, El Escorial, Aranjuez, San Fernando del Jarama, o Alcalá de Henares. A estas dos últimas localidades marchaban los domingos muchos aficionados a la caña para instalarse a la orilla de los mencionados ríos a comerse la merienda y hacerse la ilusión de que pescaban.

En aquellos tiempos, con la escasez de medios de locomoción, las excursiones al Guadarrama, después tan fáciles, eran dificultosas y complicadas como deporte dominguero de montaña.

En las elevadas praderías del Guadarrama; entonces como ahora y en los viejos tiempos en que el Arcipreste de Hita realizaba sus andanzas por los altos puertos y sus escarceos con la pastora Aldara, las majadas pastoriles de verano se instalaban en las herbosas cumbres de la montaña, en donde pastaban tranquilos los numerosos rebaños de trashumantes ovejas. Pero el pueblo madrileño no conocía la sierra sino de lejos y a la nieve que cubre la zona alta gran parte del año. La achacaban graves males y la culpaban de dar a Madrid clima duro, insano, con su «aire sutil que mata a un hombre y no apaga un candil». ¡Insano el excelente clima madrileño con el gran pulmón balsámico montañero! La Laguna de Peñalara, decían las comadres, era de fondo insondable y en ella, produciéndose un bramido sordo y prolongado, se originaban las tormentas.

La primera vez que subí a Peñalara, siendo estudiante, lo realizamos como programa más fácil con el siguiente itinerario: De Madrid a Segovia por tren; de Segovia a San Ildefonso en la diligencia; dormir en La Granja; salir antes de que amaneciese para llegar a medio día a la cumbre de Guadarrama; y por la tarde, también a pie, sin carretera, hasta la estación de Cercedilla para alcanzar un

tren de madrugada y llegar a Madrid a media mañana; o sea tres días. Se comprende, por lo dicho, que el público madrileño ignore se la sierra; conocida tan solo de algunos veraneantes excursionistas, especialmente en La Granja o en El Escorial, tales como Macpherson, el geólogo, o Quiroga el explorador del Sahara. En general el Guadarrama no llegó a ser residencia veraniega, ni llegó a poblarse de vecindario suplementario hasta bien entrado el siglo XX.

EDUARDO H. PACHECO

BREVIARIO DEL DIA

He aquí una frase honda, sustantiva, plena de contenido, que debiera quedar estereotipada en hombres y sociedades: «EN VEZ DE PROGRAMA, SENTIDO».

Así es. Las soluciones de antemano trazadas en el propósito, tan radicales, tan simplistas, tan... bien esquematizadas y expuestas teóricamente en programas y empresas, no suelen darse en la compleja realidad de las cosas.

Con agudo sentido de la humanidad y un perspicaz entendimiento de la vida, hagamos frente a los problemas que la circunstancia y el momento nos planteen; todo ello bien informado por un amplio gesto de virtualidad y comprensión.

Dale libertad al hombre, amasijo de vicios y pasiones y le procurarás el medio de elegir su servidumbre.

Una palabra que trae desquiciado al mundo: SOBERBIA. Este primer pecado capital arrastra tras sí otros apetitos desordenados que brotan de él como ramas del tronco común: Vanagloria, Presunción, que nos llevan a la jactancia y ostentación y afán de dignidades que no nos corresponden. Todas ellas alardeantes y tumultuosas son como germen de la Envidia que corroe y son origen de desórdenes morales y funestos dando al traste con todo noble aliento fecundo.

Todos estos vicios denotan gran vanidad y entequiz de espíritu.

La humanidad camina rauda a este profundo abismo de crisis de lo moral.

La sociedad se pierde y se degrada cuando no se sobreestiman los verdaderos valores ni se aprecia ni aquilata la integridad y factor humano y por ende no es reconocida la moral, la ciencia y la belleza como rasgos eternos, sino otras cuestiones más frágiles y deleznales.

En otras edades, el hombre rayó a gran altura moral con sus Hermandades, sus Gremios y sus Fueros.

Clima propicio a la valoración y jerarquía y en ambiente más conforme con la naturaleza humana e imbuído de un sobrio perfil despierto al servicio y la abnegación.

El hombre, pese a todo el progreso material en esta época mecánica, perentoria y de desasosiego, se ha preocupado poco de cultivar su «terreno interior» con el mismo afán.

Lo que se renueva y modifica y cambia es lo físico-químico humano y cósmico. Lo consustancial e inmutable y genuino del hombre es *su propio espíritu*.

La calma sobrevendrá después de este desenfreno.

El hombre superior, con alma abierta a todas las comprensiones, siente satisfacciones morales incapaces de percibir y comprender el común de los mortales y capta placeres de espíritu que superan a todas las frágiles alegrías mundanas.

TOMÁS RIEGO BLANCO

PINTORES ESPAÑOLES

Tres cuadros del «Greco»

I

VISTA PANORÁMICA DE TOLEDO

Un paje con jubón de terciopelo nos muestra en plano la ciudad cantada. Cárdeno resplandor anuncia el cielo, que amaga tempestad desmesurada. Sobre la roca, que cimenta el suelo auri-roja, policroma y labrada, y, lame el Tajo en su caudal desvelo fulge Toledo; en torres coronada... Marfiles, cobres, plata y pedrería finge la urbe en la melancolía, de esta tarde, en la luz verde-violeta... Doménico, la plasma en su grandeza con toda la dramática belleza, que hay de color y ensueño en su paleta.

II

LA DAMA DEL ARMIÑO

Orgullo y elegancia de Toledo, fué tu esbelta belleza acrisolada, tanta, que el pintor griego por ti ledo, rindióte el genio en su paleta honrada. De oscuro terciopelo rojo-acedo, con pálidos armiños entocada luce tu cara en vagoroso ruedo y tu lírica mano constelada... La frente tersa que ébano ornamenta palio rinde a los ojos verde acero bajo los arcos de las cejas finas... El mentón, que de rosas se alimenta, alienta en la nariz rasgo severo, dulce en los labios, fresas purpurinas.